

bastante cariño y comprendía, en su egoísmo, que nadie le cuidaría tan bien como ese sirviente leal.

Los Armand descendían de una familia de abolengo ilustre, y sangre noble corría por sus venas. El señor Pablo Armand, padre de Enrique, había sido noble y caritativo, siendo muy estimado por todos sus parientes y amigos. Habiéndose casado muy joven, y profesando á su esposa un cariño inmenso, habíala hecho muy feliz. A los dos años de casados, un hijo nació de esta venturosa unión, dándosele á éste el nombre de Enrique, es decir, el mismo nombre de la madre, que llamábase Enriqueta, pues el padre quería que perdurase el nombre de aquella en su hijo, ya que éste no había sido una niña. La dicha continuó aún por muchos años, hasta que una rápida y cruel enfermedad llevó al sepulcro á la compañera idolatrada, á la mujer querida. La grande y profunda pena que experimentó el señor Armand fué indescriptible. Poco á poco una tristeza embargó de tal manera su espíritu, que contrajo una enfermedad que duró un año, á causa de la cual fué á reunirse con su esposa á la mansión eterna. Enrique contaba, entonces, diez y ocho años. El dolor de este fué grande al encontrarse de pronto solo, sin el inmenso amor de su madre y sin el apoyo de su buen padre; pero, como los dolores á esta edad son de poca duración, las ilusiones de la juventud tuvieron el suficiente poder para hacer corta la intensidad de aquella pena. Una vez pasado su primer sentimiento de dolor, dejó la gran casa que ocupara con sus padres para ir á vivir á un departamento pequeño, pero muy coqueto, en la calle Rívoli. Este componíase de cinco habitaciones: dormitorio, cuarto de vestir, comedor, una habitación de desahogo que servía de dormitorio á su criado y un pequeño saloncito. Todo estaba alhajado con sumo